

Cabecibajos

JUAN GÓMEZ-JURADO



Sí, les ahorro la consulta si les surge la duda, cabecibajos no existe como término, la RAE no lo contempla, así que, efectivamente, como usted sospechaba, a lo mejor hasta temía, me lo he inventado. Sin embargo lo justifico porque la palabra similar que existe y esta reconocida, cabizbajos, no me ayuda para lo que quiero expresar. Está, esa palabra, demasiado asumida a la tristeza, a la rendición, a la impotencia ante lo que el individuo está afrontando, sea eso lo que quiera que sea. Cabecibajo me viene de recordar el apagón del que, recientemente, se ha cumplido un año. Recuerdo que una de mis impresiones más impactante cuando salí a la calle por primera vez fue verme, vernos, andar con la cabeza erguida. Ese día, pero sobre todo los siguientes, cuando la energía volvió a sus nidos, fui consciente de que aquello que llevamos en la mano ahora y consultamos para casi todo nos había convertido en Homo Curvus (también invento).

Andaba, andábamos, aquel día paseando por primera vez en mucho tiempo, como si alguien nos hubiera echado un cubo por la cabeza, como si se nos hubiera colado en la medicación la pastilla roja de Matrix. Mi experiencia, mi recuerdo, es que reconocí incluso fachadas, carteles y señales de mi propio barrio que, mil veces había dado simplemente por hechas por el raballo del ojo mientras consultaba vaya usted a saber qué página, noticia, mapa, comentario, foto... Probablemente lo que más me impacto fue, además, verles a ustedes las caras también erguidas, ustedes que eran mis bultos sospechosos mientras miraba la pantalla como yo lo era suyo, y de repente, ahí estaba, mirando de frente, tengo la sensación, igual exagerada, de que no veía ojos hacía muchos años.

Sé que antes también adoptábamos esa postura arqueada cuando, por ejemplo, leíamos en el metro o en el bar, siempre, salvo excepciones de finales de libros absorbentes, sentados. Pero fue la llegada del móvil la que sacó esa pose a pasear y quien ha conseguido que ahora nos resulte sospechoso, casi violento, ver a gente sola caminando a cara descubierta y barbilla alzada.

Me dicen que antes de que nuestro cuerpo evolucione adaptativamente a esta nueva costumbre, probablemente llegarán las gafas con inteligencia artificial, la realidad aumentada o, directamente, la conexión de nuestro propio cerebro con toda la información por medio de chips. De manera que parece poco probable que eso va a suponer un cambio físico que provoque, como sí pasaría si todos esos avances no se produjeran, una definitiva curvatura de la columna para adaptarse a nuestra nueva forma de desplazarnos. Nos convertiríamos así en una especie de paréntesis andantes logrando, ya ven ustedes, que el mayor logro del Homo Erectus se convirtiera en una inconveniencia. El siguiente paso en la evolución sería el de retroceder un paso en ella, como en aquella canción de Ricky Martin. Personalmente yo he decidido, desde aquel bendito día en que la fatalidad nacional a mí me benefició, aumentar los ratos en que me desprendo del pesado collar sin aretes que es la pantalla, el ansia de información y el abismo de perderme algo. Desde que se fue la luz salgo siempre un rato con mi móvil apagado a darme un paseo cara al mundo, al sol o a la luna. Lo disfruto, sólo me faltan sus caras devolviéndome la mirada.

El médico

TIRANDO A DAR
ANA MARÍA TOMÁS

La medicina no es solo ciencia, sino también oficio en el sentido más noble: el que se aprende con los años, pero también con una determinada mirada hacia los demás



Noah Gordon escribió en una maravillosa novela titulada 'El médico' las imbricadas historias de una sociedad llena de enfermedades y la inquietud y el deseo de un joven dispuesto a sanar a cuantas personas cayeran en sus manos o pasaran por su vida. La sociedad de hoy no es que esté menos enferma, digamos que han cambiado las enfermedades y, desde luego, la higiene –muy importante– y las condiciones de vida. Y lo mismo ha ocurrido con los médicos, ya no existe la figura de aquel sanador médico de cabecera que, como su nombre indica, curaba más con su presencia junto a nuestra cama que con las precarias medicinas que existían. Entiendo que el exceso de pacientes, la burocracia, la odiosa pandemia, la falta de tiempo y de las asignaturas más importantes que no se imparten en la Facultad de Medicina como son la empatía, o la misericordia... impiden que los nuevos médicos miren a los ojos a sus enfermos. A veces ni levantan los ojos del teclado del ordenador recetando el sota, caballo y rey del día a día.

Por desgracia para mí, suelo hacer, de vez en cuando, turismo hospitalario, lo cual me permite diseccionar quirúrgicamente comportamientos psicológicos y profesionales de todo tipo entre los diferentes facultativos, enfermeros o auxiliares que la vida me va colocando, y he tenido la oportunidad de encontrar en un mismo acontecimiento la cara y la cruz de la moneda.

Corre un chiste en el que un novio desafía a su novia a que no es capaz de decirle algo que lo alegre y lo entristezca al mismo tiempo. Ella, sin inmutarse, le dice: «De todos tus amigos, tú eres el que la tiene más grande».



SR. GARCÍA

De igual manera, sin desafío ni chiste por medio, hace unos meses tuve la oportunidad de vivir esas dos caras. Tras un accidente que me dejó gravemente herida, y esperando en Urgencias para entrar en quirófano, busqué información en el médico que estaba de guardia; al posar mi mano en su bata por pura necesidad de contacto, su mirada gélida, ante mi gesto, me hizo sentir aún más sola en un momento ya muy duro. Pero, como todas las monedas tienen dos caras, tuve la suerte de encontrarme con un médico consciente de que en la salud física influye no poco la salud psíquica. Y, si, por consideración, he omitido el nombre del primero, creo que por jus-

ticia debo nombrar al segundo, un traumatólogo llamado F. J. Carrillo, el cual devuelve, cada día, a numerosos y anónimos pacientes la posibilidad de volver a caminar, de volver a abrazar, de volver a estar en pie tras pasar por sus manos.

No se trata solo de técnica –que la atesora, y de sobra–, sino de algo menos visible y, no obstante, mucho más decisivo: la manera en que entiende a la persona que hay detrás de la radiografía. En un entorno donde todo empuja a la prisa, donde cada minuto parece tasado y cada consulta amenaza con convertirse en un trámite, encontrar a alguien que escucha y que explica, casi resulta desconcertante. Ahí, ahí reside la diferencia entre ser tratado y ser cuidado.

Quienes pasamos por una situación así no solo llevamos huesos rotos; portamos miedo, frustración y una sensación de fragilidad que no siempre sabemos nombrar. Y se agradece infinito que alguien no reduzca el problema a una placa o a un informe. Que entienda que recuperar la movilidad también es recuperar la confianza.

Gracias a él, y a otros como él, uno recuerda que la medicina no es solo ciencia, sino también oficio en el sentido más noble del término: ese que se aprende con los años, con la experiencia, pero también con una determinada mirada hacia los demás. Una mirada que no rehúye el contacto y que no esquiva la vulnerabilidad ajena.

Imagino que, como yo, habrá quien se sienta muy agradecido de que, en medio de una experiencia complicada, tuvo la suerte de cruzarse con un profesional que hace bien su trabajo y que, además, no olvida que trabaja con personas. Y eso, aunque a veces no lo parezca, es algo extraordinario.

CARTAS AL DIRECTOR

El imperio 'contrumptaca'

Condorcet escribió: «Llegará un día en que el sol brille solo sobre un mundo de hombres libres que no obedezcan a más amos que a su razón, donde los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus instrumentos estúpidos e hipócritas no existan ya más que en la historia o en el teatro». El tirano del tío Sam es, hoy por hoy, Donald Trump, emperador, autócrata, narcisista, payaso, indocumentado, pueril, peligrosamente pueril y pope de su religión con pruritos expansionistas.

Sabemos que las galaxias, esos racimos de estrellas del universo, están en continua expansión. El presidente de los EE UU quiere seguir el curso del universo dentro de su mundo demencial. En él solo caben su ego y su 'alter ego'. Un orate semejante aspira a tomar Cuba, anexionarse Groenlandia, plantar cara a Irán y a quien se le interponga en su camino hacia ninguna parte. Cabría de-

cirle a este vitando personaje de nuestra historia que estalle él y deje en paz al universo. Pero es, precisamente, su falta de paz interior la que le impulsa a hacer la guerra al mundo entero.

Comenzó con el 'America first'; ahora lidera el movimiento MAGA (Make America Great Again). Pero miente como un bellaco: es su megalomanía la que le insta a ser él mismo el grande de entre los grandes.

En su afán de poder omnímodo declara guerras y decide tomar cualquier país con el que se encariña.

Corren tiempos difíciles para el planeta mientras este desalmado campe a sus anchas. ¿Quién puede impedir que el terror sembrado por su vanidad finalice? Los ciudadanos americanos en las próximas elecciones presidenciales. Su voto decidirá el destino de la historia y puede enviar al teatro a este estúpido e hipócrita. Que así sea.

MANUEL CASTELLANOS PLAZA

Salvar la ciencia

La crisis sin precedentes que sacude en los últimos meses al Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas, con dimisiones en cadena, sospechas de corrupción, así como el abandono de importantes patrocinadores que sustentaban en gran parte el prestigio de la joya de la ciencia en España, amenaza seriamente el trabajo incansable y tenaz de científicos y científicas. Hay una verdad que el escándalo administrativo no ha logrado sofocar: la ciencia no es una gerencia.

Detrás de los despachos en crisis persiste un ejército de batas blancas que no entiende de la parálisis institucional; sigue descifrando el código de la vida para salvar personas y su vocación ha decidido que el futuro de los pacientes es demasiado importante; mientras, estos esperan con ansia y esperanza tratamientos y terapias que salven sus vidas.